

JAMES DASHNER

EL CÓDIGO DE CRUEL

Traducción del inglés
Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original inglés: *The Fever Code*

Publicado en Estados Unidos por Delacorte, un sello de Random House

© de la obra: James Dashner, 2016

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2016

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2016

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-945277-9-1

Depósito Legal: M-34702-2016

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para todos los fans incondicionales de El corredor del laberinto.
Estáis locos y llenos de pasión. Os quiero.*

PRÓLOGO

NEWT

Nevaba el día que mataron a los padres del chico.

Un accidente, dijeron más tarde, pero él había estado allí cuando sucedió y sabía que no había sido un accidente.

La nieve llegó antes de que lo hicieran, casi como un augurio frío y blanco, que cayó del cielo gris.

Recordaba lo confuso que había sido. El calor sofocante había aturdido a la ciudad durante meses que se habían convertido en años, una línea infinita de días llenos de sudor, dolor y hambre. Su familia y él sobrevivieron. Las mañanas optimistas se transformaban en tardes buscando comida, en peleas bulliciosas y ruidos aterradores. Luego venían las noches de atontamiento tras los largos días de calor. Se sentaba con su familia a contemplar cómo se iba la luz del cielo y el mundo desaparecía lentamente mientras se preguntaba si reaparecería al amanecer.

A veces iban los locos, sin importar que fuera de día o de noche. Pero su familia no hablaba de ellos. Ni su madre ni su padre, y menos

aún él. Era como si admitir su existencia en voz alta fuese a llamarlos, como un conjuro que invocara demonios. Tan sólo Lizzy, dos años más joven pero el doble de valiente, se atrevía a hablar de los locos, como si fuera la única lo bastante inteligente para darse cuenta de que la superstición era una tontería.

Y no era más que una niña pequeña.

El chico sabía que él debía ser el valiente; él debía ser quien consolara a su hermana pequeña. «No te preocupes, Lizzy, el sótano está bien cerrado; las luces están apagadas. Los malos ni siquiera sabrán que estamos aquí». Pero siempre enmudecía. La abrazaba con fuerza, estrechándola como a un oso de peluche propio en el que encontrara consuelo. Y la niña respondía dándole unas palmaditas en la espalda. La quería tanto que le dolía el corazón. La apretaba más aún, jurándose que nunca permitiría que los locos le hicieran daño, anhelando sentir la palma de su mano dándole golpecitos entre los omóplatos.

A menudo se quedaban así dormidos, acurrucados en un rincón del sótano, encima del viejo colchón que su padre había bajado arrastrándolo por las escaleras. Su madre siempre los arropaba con una manta pese al calor; ese era su propio acto de rebeldía contra el Destello, que lo había arruinado todo.

Aquella mañana se despertaron ante una escena sorprendente.

—¡Niños!

Era la voz de su madre. Él había estado soñando algo relacionado con un partido de fútbol, donde el balón giraba sobre el césped ver-

de del campo, directo hacia un gol a puerta vacía en un estadio desierto.

—¡Niños! ¡Despertad! ¡Venid a ver esto!

Abrió los ojos y vio a su madre mirando por una ventana pequeña, la única del sótano. Había retirado la tabla que su padre había clavado allí la noche anterior, igual que todos los días al ponerse el sol. Una tenue luz grisácea iluminaba su rostro, revelando una mirada llena de asombro. Y una sonrisa que llevaba mucho tiempo sin ver la hacía resplandecer aún más.

—¿Qué pasa? —murmuró, poniéndose de pie.

Lizzy se restregó los ojos, bostezó y le siguió hasta donde su madre escrutaba el amanecer.

Recordaba varias cosas sobre aquel momento. Cuando se asomó, con los ojos entrecerrados mientras se le acostumbraban a la luz, su padre todavía roncaba como una bestia. En la calle no había locos y las nubes cubrían el cielo, lo que ya de por sí era una rareza en aquellos días. Se quedó helado en cuanto advirtió los copos blancos. Caían de esa capa plomiza arremolinándose y danzando, desafiando la gravedad al revolotear hacia arriba antes de flotar de nuevo hacia abajo.

Nieve.

¡Nieve!

—¡La hostia! —balbució, una expresión que había aprendido de su padre.

—¿Cómo es que nieva, mamá? —preguntó Lizzy, cuyos ojos ya no tenían sueño y rebosaban una alegría que le oprimía el corazón.

Él le tiró suavemente de la trenza con la esperanza de transmitirle lo mucho que hacía que su penosa vida valiera la pena.

—Oh, ya sabes lo que dice la gente —contestó su madre—: el sistema meteorológico se ha hecho trizas en todo el mundo debido a las erupciones solares. Limitémonos a disfrutarlo, ¿os parece? Es bastante extraordinario, ¿no creéis?

Lizzy respondió con un suspiro de felicidad.

Él se quedó observando, preguntándose si volvería a ver algo así. Los copos iban a la deriva hasta que gradualmente caían al suelo, derritiéndose tan pronto como tocaban el pavimento. Unas pecas húmedas salpicaban el cristal.

Permanecieron así, contemplando el mundo exterior, hasta que unas sombras cruzaron el espacio superior de la ventana. Se esfumaron tan rápido como aparecieron. El chico estiró el cuello para atisbar a quién o qué había pasado, pero miró demasiado tarde. Al cabo de unos segundos, sonaron unos fuertes golpes en la puerta principal, arriba. Su padre se puso en pie antes de que el sonido hubiese terminado, súbitamente alerta y muy despierto.

—¿Habéis visto a alguien? —inquirió con la voz un poco ronca.

La cara de la madre había perdido la alegría de hacía unos instantes y la habían sustituido sus habituales arrugas de preocupación.

—Sólo una sombra. ¿Contestamos?

—No —respondió el padre—, de ninguna manera. Rezad para que se marche, sea quien sea.

—Puede que echen la puerta abajo —susurró la madre—. Sé que yo lo haría. Tal vez piensen que la casa está abandonada y que a lo mejor quedan restos de comida enlatada.

Él la miró un buen rato, cavilando mientras los segundos de silencio pasaban. Entonces, *pum, pum, pum*. Los golpetazos en la puerta sacudieron la casa como si sus visitantes hubieran traído un ariete.

—Quédate aquí —dijo el padre con cautela—. Quédate con los niños.

La madre empezó a hablar, pero se detuvo y bajó la vista a sus hijos. Sus prioridades eran evidentes. Los abrazó, como si sus brazos pudieran protegerlos, y el chico dejó que la calidez de su cuerpo le tranquilizara. La apretó con fuerza mientras su padre subía sigilosamente las escaleras y cuando el suelo de arriba crujió al caminar hacia la puerta principal. Después, silencio.

El aire estaba cada vez más cargado, oprimía. Lizzy le dio la mano y él por fin encontró las palabras adecuadas para ofrecerle consuelo:

—No te preocupes —dijo en apenas un susurro—. Probablemente no sean más que unas personas hambrientas buscando comida. Papá les dará un poco y luego se marcharán. Ya verás. —Le apretó los dedos con todo su afecto, sin creerse una sola de sus palabras.

A continuación se oyó un estrépito.

La puerta se abrió de golpe.

Voces altas, enfadadas.

El impacto de algo y luego un ruido sordo que sacudió los tablo-
nes del suelo.

Pisadas fuertes, terribles.

Y entonces los desconocidos empezaron a bajar las escaleras: dos
hombres..., tres, y una mujer; cuatro personas. Los recién llegados
llevaban atuendos demasiado elegantes para la época y no parecían
ni amables ni amenazadores. Tan sólo serios hasta la médula.

—Habéis ignorado los mensajes que os hemos enviado —anun-
ció uno de ellos mientras examinaba la estancia—. Lo siento, pero
necesitamos a la niña. Elizabeth, lo siento mucho, pero no tenemos
más remedio.

Y así fue como terminó el mundo del chico. Un mundo ya reple-
to de más cosas tristes de las que un crío podría contar. Los descono-
cidos se acercaron, penetrando la tensa atmósfera. Agarraron a Lizzy
de la camiseta y empujaron a la madre —desesperada, enloquecida,
gritando—, que se aferraba a la niña. El chico corrió para golpear los
hombros de un hombre por detrás. Fue inútil. Un mosquito atacan-
do a un elefante.

Al ver la expresión de Lizzy durante aquella repentina locura,
algo frío y duro se hizo pedazos en su pecho y fue como si los frag-
mentos le desgarraran. Era insoportable. Dejó escapar un aullido y

arremetió con más fuerza contra los intrusos para golpearlos violentamente.

—¡Basta! —gritó la mujer.

Una mano se movió deprisa en el aire y le abofeteó, un agujonazo semejante a una mordedura de serpiente. Alguien le propinó un puñetazo en la cabeza a su madre y ella se desplomó. Después resonó un estallido similar al del trueno, cerca y en todas partes al mismo tiempo. Los oídos le pitaron con un zumbido ensordecedor. Cayó de espaldas contra la pared y presencié el desastre que se avecinaba.

Uno de los hombres tenía un disparo en la pierna.

Su padre estaba en la puerta con una pistola en la mano.

Su madre chillaba mientras trataba de incorporarse para llegar a la mujer que había sacado un arma.

El padre disparó dos veces más.

Un sonido metálico y el crujido de una bala sobre el cemento. Ambos tiros fallidos.

La madre agarró el hombro de la mujer.

Entonces esta le dio un codazo, disparó, giró el cuerpo y disparó tres veces más. En medio del caos, el aire se espesó, los sonidos se desvanecieron y el tiempo se convirtió en un concepto extraño. El vacío se abrió paso bajo el chico mientras contemplaba cómo sus padres caían. Transcurrieron unos momentos en los que nadie se movió, en especial sus padres. Ellos ya no volvieron a moverse.

Las miradas se dirigieron a los dos huérfanos.

—¡Cógelos, maldita sea! —dijo por fin uno de los hombres—. Pueden usar al otro como sujeto de control.

Se refirió a él con total indiferencia, como si acabara de decantarse por una lata de sopa al azar en la despensa. Jamás lo olvidaría. Fue a por su hermana, la envolvió con los brazos. Y los desconocidos se los llevaron.

CAPÍTULO 1

28/11/221 | 9:23

«Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen».

Llevaba repitiéndolo una y una otra vez para sus adentros durante los últimos dos días, desde que lo separaron de su madre. Recordaba cada segundo de sus últimos instantes con ella, cada lágrima que había surcado su rostro, cada palabra, su cálido tacto. Pese a su juventud, comprendía que era lo mejor. Había visto a su padre precipitarse a la locura: pura ira, hedor y peligro. No podría soportar presenciar cómo le sucedía lo mismo a su madre.

Aun así, el dolor de la separación le consumía. Era un océano absorbente, de gelidez y profundidad interminables. Estaba tumbado en la cama de su pequeño cuarto, con las piernas contra el pecho y los ojos muy apretados, hecho un ovillo, como si eso fuera a ayudarlo a dormir. Pero, desde que se lo llevaron, el sueño sólo le había llegado a trompicones, retazos llenos de nubes oscuras y bestias vociferantes. Se concentró.

«Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen».

Se figuraba que tenía dos cosas a las que aferrarse: sus recuerdos y su nombre. Desde luego, no podían arrebatarle lo primero, pero lo segundo estaban intentando robárselo. Durante dos días le habían presionado para que aceptara su nuevo nombre: Thomas. Se había negado, reteniendo desesperadamente las siete letras que los de su propia sangre habían elegido para él. Cuando los de las batas blancas le llamaban Thomas, no respondía; reaccionaba como si no lo oyese o como si pensara que estaban hablando de otro. No era fácil cuando sólo había dos personas en la estancia, como solía ser el caso.

Stephen no tenía ni cinco años y lo único que había visto del mundo estaba repleto de dolor y oscuridad. Y entonces esta gente se lo había llevado. Parecían decididos a asegurarse de que comprendiera que la situación sólo podía empeorar, que cada lección aprendida era más difícil que la anterior.

Su puerta sonó y se abrió de inmediato. Un hombre entró a zancadas, vestido con un mono verde que parecía un pijama para adultos. Stephen quería decirle que tenía un aspecto ridículo, pero, por los últimos encuentros que había tenido con estos tipos, prefirió guardarse su opinión. Empezaban a perder la paciencia.

—Thomas, ven conmigo —dijo el hombre.

«Stephen, Stephen, Stephen. Me llamo Stephen».

No se movió. Mantuvo los ojos bien cerrados, con la esperanza de que el desconocido no se hubiera dado cuenta de que le había echado un vistazo cuando entró. Cada vez iba una persona distinta.

Ninguna había sido hostil, pero tampoco muy amable. Todas parecían distantes, con los pensamientos en otro lugar, apartados del niño que estaba solo en la cama.

El hombre volvió a hablar, sin ni siquiera intentar disimular su impaciencia:

—Thomas, levántate. No tengo tiempo para juegos, ¿vale? Nos están presionando para que lo preparemos todo y he oído que eres uno de los últimos que se resiste a su nuevo nombre. Dame un respiro, hijo. ¿En serio quieres pelear por esto? ¿Después de que te hayamos salvado de lo que está ocurriendo ahí fuera?

Stephen se obligó a no moverse y como resultado obtuvo una rigidez que no parecía propia de alguien que estuviera durmiendo. Aguantó la respiración hasta que finalmente tuvo que tomar una gran bocanada de aire. Se rindió, rodó sobre la espalda y fulminó al desconocido con la mirada.

—Pareces un imbécil —dijo.

El hombre trató de ocultar su sorpresa, pero no lo logró. Su rostro reflejó por un instante que le había hecho gracia.

—¿Disculpa?

La ira se desató en Stephen.

—He dicho que pareces un imbécil. Con ese mono verde ridículo. Y deja de actuar. No voy a hacer lo que queráis porque me lo digáis vosotros. Y, desde luego, no voy a ponerme un pijama como ese que llevas. Y no me llames Thomas. ¡Me llamo Stephen!

Todo salió de un tirón y tuvo que tomar otra gran bocanada de aire. Esperó que no estropeará el momento, que no le hiciera parecer débil.

El hombre se rió, y sonó más a que le hacía gracia que a condescendencia. Aun así, a él le dieron ganas de lanzar algo por la habitación.

—Me dijeron que tenías... —se calló y bajó la vista al bloc de notas digital que llevaba— «una adorable naturaleza infantil». Supongo que se me escapa a la vista.

—Eso fue antes de que me informaran de que tenía que cambiarme el nombre —respondió Stephen—. El nombre que me dieron mi madre y mi padre. El que me habéis quitado.

—¿Te refieres al padre que se volvió loco? —preguntó el hombre—. ¿El que casi mata a tu madre a palos porque estaba demasiado enfermo? ¿Estás hablando de la madre que nos pidió que fuéramos a buscarte? ¿Que cada día estaba peor? ¿Esos padres?

Stephen bullía de rabia en su cama, pero no habló.

Su visita vestida de verde se acercó a la cama y se agachó.

—Mira, no eres más que un crío. Y es obvio que eres brillante. Brillante de verdad. También eres inmune al Destello. Tienes mucho a tu favor. —Stephen notó la advertencia en su voz. Lo que fuera que viniese a continuación no iba a ser bueno—. Vas a tener que aceptar la pérdida de algunas cosas y pensar en algo más importante que tú. Si no encontramos una cura en los próximos años, la humanidad

estará acabada. Así que esto es lo que va a ocurrir, Thomas: vas a levantarte, vas a salir por esa puerta conmigo... y no voy a repetírtelo.

Esperó un momento con la mirada fija; luego se puso en pie y se dio la vuelta para marcharse.

Stephen se levantó y cruzó la puerta detrás del hombre.

CAPÍTULO 2

28/11/221 | 9:56

Cuando salieron al pasillo, Stephen vio a alguien de su edad por primera vez desde que había llegado. Se trataba de una niña. Tenía el pelo castaño y parecía un poco mayor que él. Aunque era difícil saberlo; sólo pudo echarle un vistazo breve mientras una mujer la acompañaba a la habitación contigua a la suya. La puerta se cerró de golpe cuando él y su acompañante pasaron por delante, y reparó en la placa sobre la superficie blanca: 31K.

—Teresa no ha tenido problemas para aceptar su nuevo nombre —dijo el señor de verde mientras avanzaban por el pasillo largo y poco iluminado—. Por supuesto, puede que sea porque ella quería olvidar el que le habían puesto antes.

—¿Cuál era? —preguntó Stephen con un tono próximo a la cortesía.

Quería saberlo de verdad. Si la niña había cedido con tanta facilidad, quizás él también podía retener su nombre para hacerle un favor a una amiga en potencia.

—Bastante te costará olvidar el tuyo —fue la respuesta—. No querría cargarte con otro.

«Jamás lo olvidaré —se dijo Stephen para sus adentros—. Jamás».

En algún resquicio de su mente se percató de que ya había cambiado de postura, aunque fuese casi imperceptible. En vez de insistir en llamarse Stephen, había empezado a prometerse que no se olvidaría de su nombre. ¿Ya se había rendido? «¡No!», estuvo a punto de gritar.

—¿Y tú cómo te llamas? —inquirió. Necesitaba una distracción.

—Randall Spilker —contestó el tipo sin interrumpir el paso. Dobló una esquina y llegaron a unos ascensores—. Hubo un tiempo en el que no era tan capullo, créeme. El mundo, la gente para la que trabajo... —Hizo un gesto para abarcar en derredor, sin señalar nada concreto—. Todo eso ha convertido mi corazón en un trocito de carbón. Has tenido mala suerte.

Stephen no respondió, pues estaba ocupado preguntándose adónde iban. Entraron en el ascensor cuando sonó un pitido y las puertas se abrieron.

Stephen estaba sentado en una silla extraña con varios instrumentos incorporados que le presionaban las piernas y la espalda. En las sienes, el cuello, las muñecas, el interior de los codos y el pecho tenía pegados unos sensores inalámbricos, cada uno apenas del tamaño de una uña. Observó la consola a su lado mientras recogía datos y pitaba.

El hombre con el pijama de adultos se hallaba en otra silla y le examinaba, con las rodillas a tan sólo unos centímetros de las de Stephen.

—Lo siento, Thomas. Normalmente esperaríamos más antes de llegar a esto —dijo. Sonaba más amable que en el pasillo y la habitación—. Te concederíamos más tiempo para que eligieras aceptar tu nuevo nombre, como lo ha hecho Teresa. Pero el tiempo es un lujo del que ya no disponemos. —Sostenía una pieza plateada y brillante, con un extremo redondeado y el otro con una punta muy afilada—. No te muevas —le ordenó, inclinándose como si fuese a susurrarle algo al oído.

Antes de que pudiera preguntarle al respecto, Stephen sintió un fuerte dolor en el cuello, justo debajo de la barbilla, y después la inquietante sensación de que algo se abría paso por su garganta. Dio un grito, pero terminó tan rápido como había empezado y no notó más que el pánico que le inundó el pecho.

—¿Qu-qué ha sido eso? —tartamudeó. Intentó levantarse de la silla a pesar de todo lo que tenía enganchado.

Randall le empujó para que volviera a sentarse. No le supuso ningún esfuerzo, dado que doblaba su tamaño.

—Es un estimulador del dolor. No te preocupes, se disolverá y tu organismo lo expulsará... con el tiempo. Para entonces, probablemente ya no lo necesites. —Se encogió de hombros. «¿Qué le voy a hacer?»—. Pero siempre podemos insertarte otro si es necesario. Ahora cálmate.

A Stephen le estaba costando recuperar el aliento.

—¿Qué vas a hacerme?

—Bueno, eso depende..., Thomas. Tú y yo tenemos un largo camino por delante. Pero por hoy, justo ahora, en este momento, podemos tomar un atajo. Un pequeño sendero que atraviesa el bosque. Lo único que tienes que hacer es decirme tu nombre.

—Eso es fácil. Stephen.

Randall dejó caer la cabeza entre las manos.

—Hazlo —insistió con una voz poco más audible que un susurro cansado.

Hasta ese momento, Stephen no conocía otro dolor que el de los arañazos y moratones de la infancia. De manera que, cuando la fuerte tormenta explotó por su cuerpo, cuando el sufrimiento estalló en sus venas y sus músculos, se quedó sin palabras, sin capacidad para comprenderlo. Sólo captó los gritos que apenas llegaron a sus propios oídos antes de que su mente se bloqueara y le salvase.

Recobró el conocimiento, respirando con dificultad y empapado en sudor. Seguía en la extraña silla, pero en algún momento le habían atado con unas desgastadas correas de cuero. Todos los nervios del cuerpo le zumbaban por los efectos persistentes del dolor infligido por Randall y el dispositivo implantado.

—¿Qué...? —susurró con voz ronca. La garganta le ardía, lo que le indicaba cuánto había gritado en el tiempo perdido—. ¿Qué? —repitió mientras su cerebro se esforzaba por encajar las piezas.

—Intenté avisarte, Thomas —replicó Randall con un tono tal vez, sólo tal vez, algo compasivo. Posiblemente arrepentido—. No podemos perder el tiempo. Lo siento, de verdad. Pero vamos a tener que volver a intentarlo. Creo que ahora entiendes que nada de esto es un farol. Para todos los de aquí es importante que aceptes tu nuevo nombre. —Apartó la mirada e hizo una pausa larga, con la vista clavada en el suelo.

—¿Cómo has podido hacerme daño? —preguntó Stephen con la garganta en carne viva—. No soy más que un niño. —Joven o no, entendía lo patético que sonaba.

Stephen también sabía que los adultos parecían reaccionar a lo *patético* de dos maneras: o bien se ablandaban un poco y daban marcha atrás, o bien la culpa ardía como un horno en su interior y se endurecían como una piedra para apagar el fuego. Randall eligió la segunda opción y se le enrojeció la cara cuando respondió gritando:

—¡Lo único que tienes que hacer es aceptar un nombre! Bueno, basta de juegos. ¿Cómo te llamas?

Stephen no era estúpido, de momento sólo lo fingiría.

—Thomas. Me llamo Thomas.

—No te creo —contestó Randall, cuyos ojos eran pozos de oscuridad—. Repítelo.

Stephen abrió la boca para responder, pero Randall no estaba hablando con él. El dolor regresó, más fuerte y más rápido. Apenas le dio tiempo a registrar el sufrimiento antes de desmayarse.

—¿Cómo te llamas?

Stephen apenas podía hablar:

—Thomas.

—No te creo.

—No —gimoteó.

El dolor había dejado de ser una sorpresa, así como la oscuridad que llegaba a continuación.

—¿Cómo te llamas?

—Thomas.

—No quiero que lo olvides.

—No —gimió, temblando entre sollozos.

—¿Cómo te llamas?

—Thomas.

—¿Tienes otro nombre?
—No. Sólo Thomas.
—¿Alguien te ha llamado de otra manera alguna vez?
—No. Sólo Thomas.
—¿Olvidarás tu nombre? ¿Usarás alguna vez otro?
—No.
—Bien. Entonces te lo recordaré por última vez.

Más tarde, se hallaba tumbado en su cama, de nuevo hecho un ovillo. El mundo exterior parecía muy lejano, silencioso. Se había quedado sin lágrimas, su cuerpo estaba entumecido salvo por un cosquilleo desagradable. Era como si todo su ser se hubiese quedado dormido. Se imaginó a Randall enfrente de él, con la culpa y la ira mezcladas en una furia potente y letal que convertía su rostro en una máscara grotesca mientras infligía dolor.

«Nunca lo olvidaré —se dijo para sus adentros—. No debo olvidarlo nunca».

Y así, dentro de su mente, repitió esa frase familiar una y otra vez. Aunque no podía explicarlo, algo ya era diferente.

«Thomas. Thomas. Thomas. Me llamo Thomas».

CAPÍTULO 3

28/2/222 | 9:36

—Por favor, quédate quieto.

El médico no era malo, pero tampoco era amable. Se limitaba a permanecer ahí, estoico y profesional. También era anodino: de mediana edad, altura y complexión media, pelo corto y oscuro. Thomas cerró los ojos y sintió la aguja introducirse en su vena tras un pinchazo rápido. Era curioso cómo temía ese momento cada semana, pero luego duraba menos de un segundo, seguido de la corriente de frío que fluía por su cuerpo.

—¿Lo ves? —dijo el hombre—. No duele.

Él negó con la cabeza, pero no habló. Le costaba mucho hablar desde el incidente con Randall. Le costaba dormir, comer y casi todo lo demás. Sólo en los últimos días había empezado a superarlo, poco a poco. Cada vez que le venía el recuerdo de su auténtico nombre, lo apartaba para no padecer otra vez aquella tortura. «Thomas» ya le iba bien. Tenía que servirle.

La sangre, tan oscura que parecía casi negra, subía por el estrecho tubo desde su brazo hacia el vial. No sabía para qué le estaban

efectuando pruebas, pero ese era uno de los muchos tormentos a los que le sometían, en ocasiones a diario y otras, semanalmente.

El médico dejó de sacar sangre y cerró el frasco.

—Muy bien, con esto ya vale para los análisis. —Sacó la aguja—. Ahora te haremos un escáner para echarle otro vistazo a tu cerebro.

Thomas se quedó helado y la ansiedad comenzó a llegar, presionándole el pecho. Siempre le producía ansiedad que mencionaran su cerebro.

—Vamos, vamos —le reprendió el hombre al notar cómo se tensaba—, lo hacemos todas las semanas. Es simple rutina; nada por lo que preocuparse. Necesitamos captar con regularidad imágenes de tu actividad ahí arriba, ¿vale?

Él asintió y cerró los ojos con fuerza por un momento. Quería llorar. Respiró hondo y contuvo las ganas.

Se levantó y siguió al doctor a otra sala, donde una enorme máquina similar a un elefante gigantesco, con una cámara en forma de tubo en el centro y una base plana extendida, aguardaba a que se metiera dentro.

—Arriba.

Era la cuarta o quinta vez que hacía aquello y no tenía sentido resistirse. Se subió a la cama y se tumbó bocarriba, con la vista clavada en las brillantes luces del techo.

—Recuerda —dijo el doctor—, no te preocupes por esos golpeos. Es normal. Es todo parte del juego.

Sonó un clic, luego el chirrido de la maquinaria y la cama de Thomas se deslizó dentro del enorme tubo.

Thomas estaba sentado a un escritorio. Ante él, de pie junto a una pizarra, se encontraba su profesor, el señor Glanville, un hombre de tono brusco y gris sin apenas pelo, a menos que se contaran sus cejas. Aquellas cosas pobladas parecían haberse apropiado de cada folículo del resto de su cuerpo. Era la segunda hora después del almuerzo y Thomas habría dado al menos tres de sus dedos de los pies por tumbarse ahí mismo, en el suelo, y echar una siesta. Una siesta de tan sólo cinco minutos.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos ayer? —le preguntó el señor Glanville.

Thomas asintió.

—PIRA.

—Sí, así es. ¿Y qué significa?

—Es el movimiento Por la Información Recuperada tras la Aniquilación.

Su profesor sonrió con una satisfacción evidente.

—Muy bien. Bueno. —Se volvió hacia la pizarra y escribió las letras CPES—. C... P... E... S, que significa Coalición Post-Erupciones Solares, un resultado directo de PIRA. En cuanto tuvieron noticias del máximo número de países posible, reunieron a los representantes y demás, empezaron a ocuparse del espectacular desastre

causado por las erupciones solares. Mientras PIRA calculaba las posibles repercusiones de las erupciones solares y a quiénes afectaban, la CPES se esforzaba por resolver la situación. ¿Te aburro, hijo?

Thomas se envaró de golpe, inconsciente de que había bajado la cabeza. Hasta debía de haberse dormido un instante.

—Perdone —se disculpó, restregándose los ojos—. Perdone. PIRA, CPES, lo pillo.

—Mira, hijo —dijo el señor Glanville. Dio unos cuantos pasos, salvando la distancia entre ambos—. Estoy seguro de que las otras asignaturas te resultan más interesantes: Ciencias, Matemáticas, Educación Física... —Se inclinó para mirarlo a los ojos—. Pero debes entender tu historia; lo que nos ha traído hasta aquí, por qué estamos metidos en este lío. No sabrás nunca adónde vas hasta que no entiendas de dónde vienes.

—Sí, señor —dijo Thomas dócilmente.

El señor Glanville se puso derecho y escrutó ferozmente su rostro en busca de cualquier indicio de sarcasmo.

—Bien. Conoce tu pasado. Volvamos a la CPES... Hay mucho de qué hablar.

Mientras su profesor regresaba a la parte delantera del aula, Thomas se pellizcó lo más fuerte que pudo con la esperanza de mantenerse despierto.

* * *

—¿Me necesitas para repasarlo otra vez?

Thomas alzó la vista hacia la señora Denton. Tenía el pelo y la piel oscuros, y era guapa. Ojos amables, inteligentes... Era probablemente la persona más inteligente que Thomas había conocido, lo que saltaba a la vista por los acertijos con los que le retaba en su clase de Pensamiento Crítico.

—Creo que lo entiendo —dijo.

—Entonces, repítemelo. Recuerda...

La interrumpió, citando lo que le había dicho miles de veces:

—«Uno debe conocer el problema mejor que la solución o, de lo contrario, la solución se convierte en el problema». —Estaba seguro de que eso no significaba nada.

—¡Muy bien! —exclamó ella con un entusiasmo exagerado y burlón, como si le sorprendiera que hubiese memorizado sus palabras—. Pues adelante, repite el problema. Visualízalo en tu mente.

—Hay un hombre en una estación ferroviaria que ha perdido su billete. Hay ciento veintiséis personas en el andén con él. Hay nueve vías separadas, cinco que van al sur y cuatro, al norte. En los próximos cuarenta y cinco minutos, llegarán y saldrán veinticuatro trenes. Otras ochenta y cinco personas entrarán en la estación durante ese tiempo. Un mínimo de siete subirán a cada tren cuando llegue, y nunca más de veintidós. Además, al menos diez pasajeros desembarcarán en cada parada, y nunca más de dieciocho...

Así continuaron cinco minutos más, detalle tras detalle. Memorizar los parámetros ya suponía de por sí un desafío... No daba crédito a que ella de verdad esperase que resolviera aquella estupidez.

—... ¿cuántas personas quedan en el andén? —concluyó.

—Muy bien —dijo la señora Denton—. A la tercera va la vencida, supongo. Has captado bien todos los matices, y ese es el primer paso para dar con cualquier solución. Y ahora, ¿puedes resolverlo?

Thomas cerró los ojos y empezó a calcular. En esa clase, todo se hacía de cabeza, sin dispositivos ni anotaciones. Le hacía forzar la mente como ninguna otra y en realidad le encantaba.

Abrió los ojos.

—Setenta y ocho.

—Mal.

Se tomó un par de minutos más y volvió a probar:

—Ochenta y uno.

—Mal.

Se estremeció, decepcionado. Lo intentó varias veces más, pero al final se dio cuenta de que la solución no era un número.

—No sé si el hombre que perdió el billete se subió a un tren o no. Ni si algunos de los otros que estaban con él en el andén lo acompañaban y, en tal caso, cuántos eran.

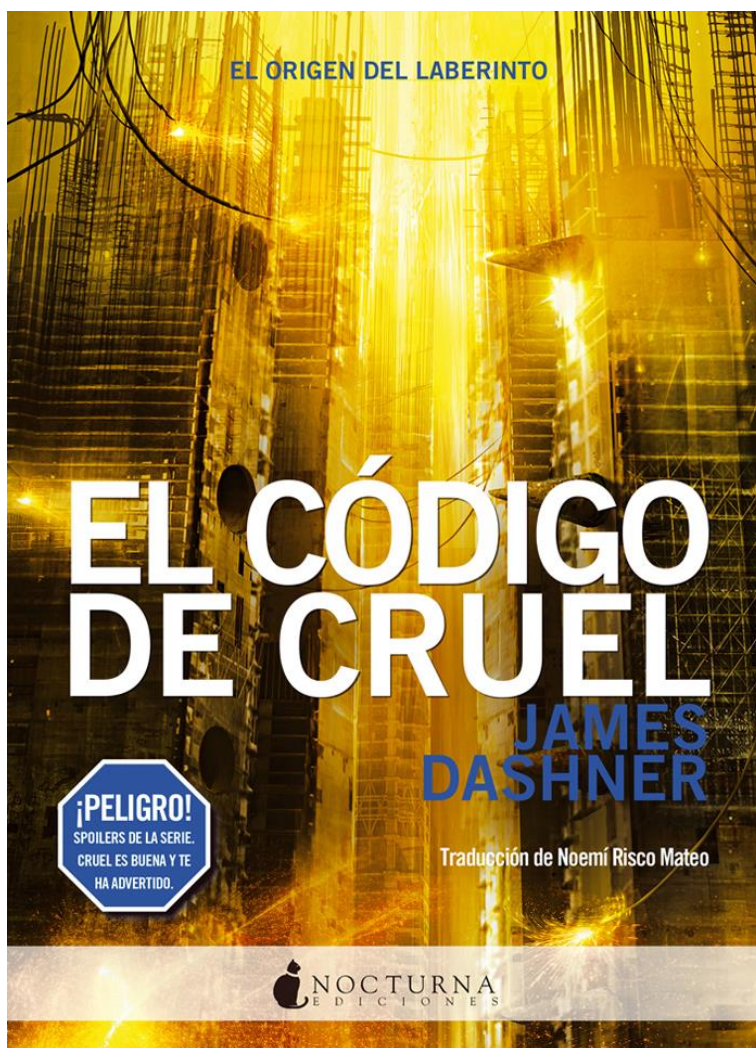
La señora Denton sonrió.

—Ahora estamos progresando.

SIGUE LEYENDO

EL CÓDIGO DE CRUEL

JAMES DASHNER



ISBN: 978-84-945277-9-1 | PVP: 17,00 € | A la venta: 14-11-2016

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com